

Hermann Hesse

En el balneario



Herman Hesse, se aventuró con frecuencia en el campo de la narración autobiográfica. *En el balneario* y *Viaje a Nuremberg*, demuestra cómo también la observación y la experiencia pueden convertirse en vías de acceso a un mundo de ficción. A un mundo tenuemente mágico, anclado, sin embargo, y firmemente, en la realidad, la insoslayable realidad, a la que se hace referencia incluso desde lo más profundo del recuerdo.

Suspendidas, pues entre la verdad y el sueño, son las reflexiones sobre el mundo, la vida cotidiana, la grandeza y la mezquindad de los seres humanos, el motivo principal de estas páginas de Hesse: páginas inolvidables, ejemplares, de un maestro que no admite comparaciones.

EN EL BALNEARIO

NOTAS DE UN TRATAMIENTO EN BADEN

*Dedicado a los hermanos
Josef y Xaver Markwalder*

PRÓLOGO

La ociosidad es el comienzo de toda psicología.

NIETZSCHE

Se dice de los suevos que no son discretos hasta los cuarenta años, y los propios suevos, que no rebosan confianza en sí mismos, ven a veces en este dicho una especie de deshonra. Sin embargo, contra cualquier supuesto, es un gran honor, pues la discreción a que se refiere el refrán (que no es otra cosa que lo que los jóvenes llaman «sabiduría de la vejez», conocer las grandes antinomias, el misterio del movimiento circular y de la bipolaridad) suele ser muy rara incluso entre los cuarentones suevos, por muy inteligentes que sean. En cambio, cuando se llega a los cuarenta y cinco, tanto si se es inteligente como no, dicha sabiduría o mentalidad de la edad comparece por propia iniciativa, particularmente si el envejecimiento físico ayuda con toda clase de advertencias y achaques. Entre los achaques más frecuentes se cuenta la gota, el reumatismo y la ciática, y son precisamente estas dolencias las que nos conducen al balneario de Baden. Así pues, el ambiente se compone de esa clase de mentalidad de la que ahora también yo he pasado a formar parte, en extremo complacido, y tengo la impresión de que se adquiere, con total espontaneidad, acompañado por *genius loci*, cierta escéptica piedad, una sabiduría ingenua, un arte muy diferenciado de la simplificación y anti-intelectualismo muy inteligente que, al igual

que el calor de los baños y el olor del agua sulfurosa, pertenece al tratamiento como un específico. O bien, sintetizando: nosotros los bañistas y artríticos necesitamos muy especialmente limar al máximo las aristas de la vida, hacer la vista gorda, no concebir ilusiones de importancia, pero, como compensación, abrigar y cuidar cien pequeñas y dulces ilusiones. Nosotros los bañistas de Baden necesitamos muy especialmente, si no me equivoco, ese conocimiento sobre las antinomias, y cuanto más se endurecen nuestras articulaciones, tanto mayor es nuestra necesidad de una mentalidad elástica, bilateral y bipolar. Nuestras dolencias son dolencias, pero no son de aquella clase heroica y decorativa cuyos dolientes pueden considerar de máxima importancia sin merma de nuestro respeto.

Al hablar así, al convertir la mentalidad personal de mi edad y mi condición de enfermo de ciática en un tipo, en una norma general, al dar la impresión de que no hablo únicamente en mi nombre, sino en el de toda una generación y una edad determinada, soy plenamente consciente, al menos por unos momentos, de que es un craso error y de que ningún psicólogo (aunque fuera mi hermano y gemelo espiritual) consideraría normal o típica mi reacción frente al destino y al mundo que me rodea. Es mucho más probable que, después de un breve reconocimiento, me describa como un solitario por desgracia inteligente, que no necesita ser internado, de la familia de los esquizofrénicos. Mientras tanto, yo utilizo tranquilamente el derecho consuetudinario de todos los hombres, incluidos los psicólogos, y proyecto no sólo sobre los hombres, sino también en las cosas y objetos que me rodean, sí, hasta en el mundo entero, mi modo de pensar, mi temperamento, mis alegrías y mis dolores. No me dejo robar el placer de considerar «correctos» y justificados mis pensamientos e ideas, pese a que el mundo circundante intenta sin cesar convencerme de lo contrario; no me importa tener contra mí a la mayoría, y me inclino más a darme la razón a mí mismo que a

ella, como en el caso de los grandes poetas alemanes, a quienes no respeto, amo y utilizo menos porque la gran mayoría de alemanes actuales haga lo contrario y prefiera los cohetes a las estrellas. Los cohetes son bonitos, los cohetes son encantadores, ¡vivan los cohetes! Pero ¡las estrellas! Unos ojos o un pensamiento lleno de su sereno resplandor, lleno de su música vibrante y universal... ¡oh, amigos, esto es algo muy diferente!

Y mientras yo, pequeño poeta actual, emprendo la tarea de esbozar la estancia en un balneario, pienso en las muchas docenas de viajes y excursiones a balnearios que han sido descritos por autores buenos y malos, y pienso con embeleso y veneración en la estrella entre todos los cohetes, en la moneda de oro entre todos los billetes de Banco, en el ave del paraíso entre todos los gorriones, en el viaje al balneario del doctor Katzenberger; pero no por ello permito que este pensamiento aleje a mis cohetes de la estrella y a mis gorriones del ave del paraíso. ¡Vuela, pues, gorrion mío! ¡Asciende, mi pequeña cometa!

EN EL BALNEARIO

En cuanto mi tren se detuvo en la estación de Baden, en cuanto me apeé del vagón con ciertas dificultades, el encanto de Baden se dejó sentir. En pie sobre el húmedo suelo de cemento del andén, espionando la llegada del mozo del hotel, vi bajar del mismo tren en que yo llegara a tres o cuatro colegas ciáticos, claramente reconocibles como tales por la temerosa tensión del trasero, el paso inseguro y las muecas de dolor y desamparo con que acompañaban sus cautelosos movimientos. Cada uno de ellos tenía su especialidad, su propia variedad de la dolencia, y por consiguiente, su propio modo de caminar, de vacilar, de moverse, de cojear y también sus propias y especiales muecas, pero predominaba el denominador común y los reconocí a la primera mirada como ciáticos, como hermanos, como colegas. Quienquiera que conozca las tretas del nervio ciático, no por el libro de texto, sino por propia experiencia, llamada por los médicos «sensación subjetiva», las reconoce en seguida. Me quedé quieto, contemplando a estas personas marcadas. Y he aquí que las tres o cuatro teman peor cara que yo, se apoyaban con mayor firmeza en sus bastones, contraían más sus nalgas temblorosas, posaban en el suelo las suelas de sus zapatos con más miedo e indecisión que yo, como si todos sufrieran más, fuesen más pobres, más enfermos, más dignos de lástima que yo, y esto me hizo un bien extraordinario y continuó siendo durante mi cura en Baden un consuelo permanente e inagotable: ¡el hecho de que a mi alrededor la gente cojeara, la gente caminara

inclinada, la gente suspirara, fuera en sillas de ruedas y estuviera mucho más enferma que yo, y con muchos menos motivos para el buen humor y la esperanza! Yo había encontrado ya en el primer minuto uno de los mayores misterios y hechizos de todos los balnearios, y sorbí mi descubrimiento con verdadera fruición: la hermandad en el sufrimiento, el *socios habere malorum*.

Y cuando abandoné el andén y emprendí una placentera y suave marcha por el camino que conducía al valle del balneario, cada paso me confirmó y acrecentó la valiosa experiencia: los bañistas aparecían por doquier, sentados con expresión de cansancio y algo encorvados en bancos colocados sobre el césped o cojeando y charlando en grupo. Pasó una mujer en una silla de ruedas, con una sonrisa de fatiga y una flor medio marchita en su mano enfermiza, y detrás de ella, empujándola, una esplendorosa enfermera. Un caballero anciano salió de una de las tiendas en que los reumáticos compran sus postales, ceniceros y pisapapeles (necesitan mucho de estos últimos y nunca pude averiguar la razón), y este anciano caballero que salió de la tienda empleó un minuto para cada escalón y contempló el camino que tenía delante como un hombre cansado e inseguro contempla una difícil misión que le ha sido impuesta. Un hombre más joven, con una gorra militar de color grisverde sobre la hirsuta cabeza, se impulsaba hacia delante ayudado por dos bastones, enérgica y laboriosamente. ¡Ay, esos bastones, que aquí se veían por doquier, esos malditos bastones de enfermo con puntera de goma que se adherían al asfalto como ventosas! Cierto es que también yo usaba bastón, un delicado bastón de Malaca cuya ayuda me era muy valiosa; sólo por necesidad hubiera prescindido de él, ¡pero nadie me había visto nunca con uno de esos tristes bastones de goma! Sí, era evidente y todos debían advertir mi rapidez y agilidad al bajar por este agradable camino, mi aire juguetón al usar el bastón de Malaca, un puro elemento decorativo, un mero ornamento, lo poco que se no-

taba en mí la característica de los enfermos de ciática, esa temerosa tensión del muslo que yo apenas esbozaba, y en general mi forma airosa de bajar por este camino, mi juventud y energía en comparación con todos estos hermanos y hermanas más viejos, más enfermos, más dignos de lástima, cuya decrepitud se ofrecía a la vista tan inconfundible y despiadadamente. Mi aprobación y afirmación de mí mismo crecían a cada paso, me sentía casi sano, por lo menos infinitamente más sano que todos estos pobres seres. Si estos cojos y semilisiados, estas gentes con bastón de goma esperaban curarse, si Baden podía ayudarlos incluso a ellos, entonces mi pequeña e incipiente dolencia desaparecería aquí como la nieve bajo el viento cálido de las montañas, y el médico descubriría en mí a un ejemplar único, a un fenómeno extremadamente agradecido, a un pequeño milagro de la curación.

Miraba amistosamente a estas estimulantes figuras, lleno de compasión y simpatía. De una pastelería salía ahora una mujer anciana que al parecer había renunciado hacía tiempo a la pretensión de ocultar sus achaques, no se permitía el menor movimiento reflejo, recurría a todos los alivios imaginables, a todas las posibilidades de una musculatura auxiliar, y en consecuencia realizaba ejercicios gimnásticos, se balanceaba y vacilaba abriéndose paso por la calle como una morsa, sólo que más lentamente. Mi corazón la acogió con alegría, ensalcé a la morsa y ensalcé a Baden y a mi buena suerte. Me veía rodeado de colegas y competidores a los que yo llevaba una gran ventaja. ¡Qué buena idea haber venido aquí tan a tiempo, en la primera fase de una ligera ciática, a los primeros y débiles síntomas de una incipiente gota! Me volví, apoyado en mi bastón, y durante largo rato seguí con la mirada a la morsa, lleno de ese conocido sentimiento de bienestar que nos demuestra que el lenguaje aún no ha encontrado expresiones para ciertos estados psíquicos, pues elementos lingüísticos contrastantes como satisfacción en el mal ajeno y compasión están aquí

íntimamente ligados. ¡Dios mío, pobre mujer! ¡Hasta qué extremos podía uno llegar!

Pero ni siquiera en este momento entusiasta de vitalidad renovada, ni tampoco durante la dulce euforia de esta hora feliz callaron del todo en mi interior aquellas voces inoportunas que oímos tan de mala gana y que tanto necesitamos, las voces de la razón, y ellas me hicieron notar, en su tono tranquilo, frío y desagradable, que la fuente de mi consuelo era un completo error, un método falso, que yo, el literato de cojeo insignificante que apenas se apoyaba en su bastón de Malaca, al compararme agradecido con todas las figuras desgarradas y de cojeo pronunciado, olvidaba tener en cuenta la interminable escala de síntomas que existía más allá de mi persona y no me fijaba en absoluto en las figuras que eran más jóvenes, más ágiles, más robustas y más sanas que yo. Mejor dicho, me fijaba en ellas, pero me negaba a introducirlas en la comparación, y durante los dos primeros días llegué a estar primitivamente convencido de que todas aquellas personas que paseaban sin bastón, sin un cojeo perceptible y con rostros satisfechos no eran en modo alguno hermanos y colegas, no eran bañistas y competidores, sino habitantes sanos y normales de la ciudad. El hecho de que pudiera haber enfermos de ciática que caminasen sin bastón y sin movimientos convulsivos, de que hubiera muchos artríticos en los cuales nadie ni siquiera un psicólogo, pudiera advertir su dolencia al verles pasar por la calle, de que yo, con mi paso ligeramente deformado y mi bastón de Malaca, no estuviera en absoluto en las primeras e inofensivas fases de un trastorno del metabolismo, de que no sólo inspirara la envidia de los auténticos cojos y lisiados sino también la compasión burlona de numerosos colegas a los cuales servía de morsa y de consuelo, en resumen, el hecho de que yo, con mi atenta observación y comparación de los grados de la dolencia, no estuviera realizando una investigación objetiva sino ha-

ciéndome ilusiones optimistas, fue algo que no comprendí hasta pasados varios días de un modo lento e inevitable.

Pues bien, saboreé a conciencia la felicidad del primer día, me entregué a orgías de ingenua inseguridad en mí mismo, y no me arrepiento de ello. Atraído por las figuras de mis colegas bañistas, de mis hermanos más enfermos, halagado por la vista de todas las personas que cojeaban, movido a una alegre compasión y a una piadosa complacencia por cada silla de ruedas que se cruzaba en mi camino, bajaba yo a paso lento por la carretera, esta carretera tan cómoda y tan sabiamente trazada por la que se conduce hasta los baños a los huéspedes llegados a la estación, y que con curvas suaves y pendiente agradable y uniforme lleva a los antiguos baños y allí, como un río que se infiltra, se pierde ante la entrada del balneario. Lleno de esperanzas y buenos propósitos me iba aproximando al Heiligenhof, donde tenía intención de alojarme. Era cuestión de resistir aquí de tres o cuatro semanas, bañarme diariamente, pasear cuanto me fuera posible y alejar de mí toda emoción y preocupación. Quizá llegara a ser algo monótono de vez en cuando, no transcurriría sin aburrimiento, porque aquí se imponía lo contrario de la vida intensiva, y para mí, el viejo solitario a quien repugna la vida gregaria de los hoteles, significaría vencer algunos obstáculos y realizar no pocos esfuerzos. Pero no cabía duda de que esta vida nueva y totalmente insólita para mí contendría también, pese a sus aspectos algo burgueses e insípidos, experiencias alegres e interesantes, pues ¿acaso no me hacía verdadera falta, tras años enteros de vida pacífica y solitaria en el campo, consagrada al estudio, una temporada de convivencia entre los hombres? Y, lo más importante: al otro lado de los obstáculos, al otro lado de estas semanas de tratamiento que ahora se iniciaban, estaba el día en que subiría por esta misma carretera, abandonaría este hotel, curado y rejuvenecido, con rodillas y caderas de movimientos elásticos,

me despediría del balneario y a paso cadencioso me dirigiría a la estación por este bonito camino.

Fue una lástima que empezara a llover en el preciso momento en que entraba en el Heilighof.

—No nos trae usted buen tiempo —me saludó sonriendo la amabilísima señorita del mostrador de recepción.

—No —contesté, desorientado.

¿Qué significaba aquello? ¿Acaso soy yo, pensé, quien ha conjurado esta lluvia, la ha creado y la ha traído hasta aquí? El hecho de que la más elemental sensatez hablara en contra de ello no podía exonerar al teólogo y místico que hay en mí. Sí, del mismo modo que destino y alma eran los nombres de un concepto, del mismo modo que yo había elegido hasta cierto punto mi nombre y posición, mi edad, mi rostro, mi ciática, y no podía hacer responsable a todo ello a nadie más que a mí mismo, así tenía que considerar esta lluvia. Estaba dispuesto a aceptar también esta responsabilidad.

Después de comunicarlo así a la señorita y de rellenar una ficha de inscripción, inicié la clase de negociaciones para elegir habitación que el hombre normal no conoce, cuyos horrores ni siquiera sospecha el hombre ingenuo y dichoso y cuya tristeza sólo puede conocer el escritor y ermitaño víctima del insomnio, acostumbrado a la soledad y el silencio absoluto, perdido de pronto en un hotel lleno de extraños.

Para las personas normales, elegir una habitación de hotel es una pequeñez, un acto vulgar y corriente en el que no interviene para nada el afecto y que sólo requiere un par de minutos. Para nosotros, sin embargo, los neuróticos, insomnes y psicópatas, este acto banal fantásticamente sobrecargado de recuerdos, afectos y fobias se convierte en un martirio. El hotelero amable, la simpática empleada de recepción que, atendiendo a nuestro tímido y urgente ruego, nos enseñan y recomiendan su «habitación tranquila», no adivinan la tormenta de asociaciones, de temores, de

ironías y reproches que provoca en nosotros esa palabra fatal. ¡Oh, qué bien, o mejor dicho, con qué terrible precisión, con qué detallada exactitud conocemos esta habitación tranquila, este escenario de nuestros más angustiosos sufrimientos, de nuestras más dolorosas derrotas, de nuestra más secreta humillación! ¡Con qué falsedad y alevosía, con qué aspecto demoníaco nos miran estos muebles benévolos, estas alfombras bienintencionadas, estas risueñas paredes de papel pintado! ¡Qué sombría y abrumadoramente hostil se nos antoja la puerta de comunicación con la habitación contigua, que de modo nefasto se encuentra en la mayoría de estas habitaciones, casi siempre consciente de su perverso papel y por ello vergonzosamente oculta tras una cortina! ¡Con qué dolor y resignación levantamos la vista hacia el techo enjalbegado, que en el momento de la inspección siempre ofrece una sonrisa hueca y maligna y que después, por la noche y por la mañana, retumba con los pasos de los huéspedes del piso superior, ay, y no sólo con los pasos, que por ser conocidos no son los enemigos peores! No, sobre esta superficie blanca e inofensiva resuenan a la hora de la fatalidad, como también a través de las delgadas puertas y paredes, ruidos y vibraciones inesperadas, botas y bastones que caen al suelo, golpes fuertes y rítmicos (que indican los prescritos ejercicios gimnásticos), sillas derribadas, un libro o un vaso que resbala de la mesilla de noche, el traslado de maletas y muebles. ¡Y además las voces, las conversaciones o los monólogos, las toses, las risas, los ronquidos! Y por si esto fuera poco, lo peor de todo, los sonidos desconocidos e inexplicables, todos esos rumores insólitos y fantasmales que no sabemos interpretar, cuyo origen y posible duración no podemos prever, todos esos golpes y crujidos, pataleos, chasquidos, murmullos, resoplidos, libaciones, suspiros, chirridos, picoteos, hervores..., ¡sólo Dios sabe qué orquesta invisible puede ocultarse en los pocos metros cuadrados de una habitación de hotel!

Así pues, la elección de un dormitorio es para nosotros una empresa en extremo delicada, importante y hasta casi imposible, hay que pensar en veinte cosas a la vez, en cien posibilidades. En una habitación hay armario de pared, en otra hay calefacción, en la tercera, un tocador de ocarina puede ser la fuente de sorpresas acústicas. Y como se sabe por experiencia que en ninguna habitación del mundo es posible determinar la existencia de la tan ansiada paz que nos garantice el sueño, como la habitación de aspecto más tranquilo puede ocultar sorpresas (¿acaso no había vivido ya en un solitario cuarto para la servidumbre en el quinto piso, a fin de asegurarme de que ningún vecino alteraría mi paz, para encontrar, en vez de un ruidoso coetáneo, una buhardilla infestada de ratas?), ¿no sería mejor acabar renunciando a toda elección, tirarse sencillamente de cabeza en brazos del destino y dejar decidir a la casualidad? En lugar de atormentarse y afligirse, sólo para rendirse a lo inevitable pocas horas después, triste y decepcionado, ¿no sería más inteligente dar carta blanca al ciego azar y aceptar la primera habitación que nos ofrecen? Sí, no hay duda de que sería más inteligente. Sin embargo, no lo hacemos, o lo hacemos muy raramente, porque si la inteligencia y la evitación de emociones dirigieran todos nuestros actos, ¿cómo sería nuestra vida? ¿Acaso ignoramos que nuestro destino es innato e ineludible, y pese a ello nos aferramos esperanzados a la ilusión de la elección, del libre albedrío? ¿No podría cada uno de nosotros, cuando elige al médico para su enfermedad, su profesión y lugar de residencia, su amante o su novia, dejarlo todo, tal vez con mayor éxito, a la pura casualidad, cuando, por el contrario, opta por la elección y dedica a todas estas cosas gran cantidad de pasión, de esfuerzos, de inquietudes? Quizá lo hiciera ingenuamente, con entusiasmo infantil, creyendo en su poder, convencido de que puede influenciar al destino; pero también es posible que llegue a hacerlo con escepticismo, profundamente convencido de la inutilidad de sus esfuerzos,